



AÑO IV

← BARCELONA 21 DE DICIEMBRE DE 1885 →

NÚM. 208

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA ESCLAVA DE LAS PALOMAS cuadro por M. Massarani

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—EL ALFABETO EN LA PAREMIOLOGÍA, por don José María Sbarbi.—EL VIENTO IMPÍO, por don Emilio Morais.—UNA VENGANZA DE ALHAMÁR EL MAGNÁNIMO, por don Luciano García del Real.—UNA CÓMICA DE ANTAÑO, por don Juan Otera y Gonzalez.—DISTRIBUCION AUTOMÁTICA DE TARJETAS POSTALES Y SOBRES TIMBRADOS.

GRABADOS: LA ESCLAVA DE LAS PALOMAS, cuadro por M. Massarani.—EL ANGELUS, cuadro por K. Raupp.—LA MADONA DEL GRAN DUQUE, cuadro por Rafael.—CONCIERTO EN FAMILIA.—UNA BAYADERA, escultura por Rodolfo Schweinibz.—VARIOS TIPOS DEL EJÉRCITO RUSO.—DISTRIBUIDOR AUTOMÁTICO DE TARJETAS POSTALES Y SOBRES TIMBRADOS EN LONDRES.

NUESTROS GRABADOS

LA ESCLAVA DE LAS PALOMAS, cuadro por Massarani

Cuenta una leyenda del siglo XVII que Cosme II de Médicis regaló al duque de Osuna, gobernador de Sicilia, tres esclavas de Chipre, apresadas por sus galeras. Una de estas esclavas era, por su desgracia, bastante hermosa para que la duquesa tuviera celos de ella; por lo cual resolvió darla secreta muerte. Al efecto la hizo abandonar en un bosque, dejándola, por toda bebida, un azafate ó fuente llena de agua envenenada; cuya circunstancia fué descubierta á causa de morir las palomas que humedecieron sus picos en el mortal brebaje. La leyenda no dice lo que fué de la esclava, ni le importaba gran cosa al autor de este cuadro, que escogió, para su argumento, el momento en que las inocentes aves visitan y acarician á la pobre abandonada.

Hállase ésta sentada á la sombra de un grupo de hermosos árboles, medio envuelta en rico manto y sumida en las tristes reflexiones que su desgracia debe naturalmente inspirarla. Completa la idea de su soledad el mar que se descubre en último término, mar tranquilo, inmenso, sin una vela, es decir, sin esperanza de socorro, condenada fatalmente á su destino.

La figura de la esclava es simpática y expresiva; el paisaje que la rodea es bello; la impresion que causa el lienzo es sumamente agradable, sobre todo para los aficionados á los asuntos poéticos. El autor del cuadro es conocido no sólo como pintor distinguido, sino como escritor elegante.

EL ANGELUS, cuadro por K. Raupp

La campana de la ermita interrumpe las faenas de una familia de honrados labradores, anunciándoles que es la hora de pensar en Dios y en sí mismos. El cuerpo humano no puede permanecer inclinado siempre sobre la tierra: el que trabaja necesita descansar: Dios lo ordena por la voz de la campana que pone en los labios del cristiano la oracion del medio día; admirable enlace entre el idealismo religioso y las necesidades de la materia.

El efecto producido por el cuadro que publicamos no puede ser más adecuado ni más conforme con el propósito del autor. La paz que nace de la existencia honrada, reina en el alma de los personajes; estos suspenden obedientes su trabajo, se prosternan y oran, con una fe, con una unción, interpretadas por el artista de una manera magistral.

El conjunto no puede ser más propio de la situación: parece que á la voz de la campana que excita al recogimiento, se haya paralizado el trabajo, no ya solamente de los labradores, sino de la naturaleza toda. La impresion no sólo es perceptible para nuestra vista, sino que pudiéramos decir que lo es para nuestro oído, si el silencio absoluto es perceptible realmente. En este cuadro no se oye más voz que la voz de la campana: entre la ermita del último término y las figuras del primero parece existir una corriente, por la cual se trasmite el *Angelus* desde los labios de una honrada familia al templo y desde el templo al cielo.

LA MADONA DEL GRAN DUQUE, cuadro por Rafael

Diversas veces hemos hablado del inmortal pintor de Urbino, cuya gloria no ha disminuido el tiempo, ántes bien se acrecienta á cada nueva composicion que llega á noticia de sus admiradores. La que hoy publicamos no es de las más conocidas, á pesar de reflejarse en ella todas las grandes dotes del inmortal maestro.

Lo notable, lo extraordinario de Rafael es que, habiendo reproducido tantas veces un mismo asunto, la Madre del Redentor, ni una sola de esas veces su talento hubiera manifestado cansancio ó fatiga ó hastío de ese asunto; ántes bien cada vez que lo trataba, aparecía el artista con la frescura, inspiracion y sentimiento de la primera. Y es que Rafael pintaba con el corazón y el corazón de Rafael se sentía inundado de amor místico hácia la Reina de los ángeles. Si en medio de ese culto por la más pura de las figuras del cristianismo, su debilidad humana le hizo caer á los pies de una mujer, fué porque esa mujer era un modelo material de esa vision poética que un día se habia aparecido al jóven pintor. Quien conozca las Madonas de Rafael y sepa que son reproducciones de la belleza de la Fornarina, se sentirá inclinado á perdonar al artista las flaquezas del enamorado.

CONCIERTO EN FAMILIA

Es una bonita escena de costumbres del gran mundo moderno, que frecuentemente convierte en templo del arte el comedor de la casa.

Después de todo, es preferible, después de un banquete, hacer música, á disputar de política ó dar con el cuerpo debajo de la mesa, en ausencia de las damas, á quienes se aleja en provecho de los fabricantes de Jamaica y de los cosecheros de la Vuelta de Abajo.

UNA BAYADERA, escultura por Rodolfo Schweinibz

Mucho están en boga las bayaderas: no todos los artistas, empero, las tratan con la compasion que merece su desgracia.

Entre los pocos elegidos merece buen lugar el autor de la estatua que publicamos, que ha dado á su obra, aparte bellas condiciones de arte, cierta novedad, difícil en un tipo tan gastado. Su actitud es tan elegante como natural; las formas son irreprochables, y con justicia es celebrada esta estatua como una obra excepcional de la escultura moderna.

VARIOS TIPOS DEL EJÉRCITO RUSO

El ejército ruso es probablemente el más numeroso del mundo, pues en tiempo de paz cuenta 700,000 hombres, pudiendo poner en pié de guerra 2,000,000 y hasta 3,000,000 en caso de urgencia. En este ejército figuran muchos tipos y nacionalidades que difieren completamente uno de otro; el endurecido finés, el andrajoso mujik, ó campesino ruso, el indómito cosaco de las llanuras, el salvaje tcherkess ó circasiano de las montañas, el ciudadano de Moscú, de San Petersburgo ó de Odesa, y el inquieto nómada de las estepas del Asia Central, son los tipos que se combinan para constituir la gran máquina militar de Rusia. A la cabeza del ejército figuran los Guardias, todos soldados escogidos, cuyos oficiales son caballeros que conocen muy bien las cortes y capitales de Europa. Los oficiales de los regimientos de línea no tienen tanta instruccion, pero en cambio están más familiarizados con los deberes de su profesion. Entre los tipos más notables figuran el cosaco y el circasiano como intrépidos jinetes; mientras que los individuos de la infantería, campesinos que se alistan por seis años, son muy obedientes á sus jefes, disciplinados en la batalla, y sobre todo muy fieles al Czar.

EL ALFABETO EN LA PAREMIOLOGÍA (1)

Hace años (algunos panecillos he comido de entónces acá) que, corriendo por mi humilde persona los suficientes á hacer que comience á despuntar el bozo, me hallaba una noche de invierno en cierta tertulia, en ocasion que, para distraer el rato, se les ocurrió á los dueños de la casa apelar al recurso de entablar unos cuantos juegos de prendas.

No puede negarse que cuando se realiza esta clase de juegos entre personas de buena educacion, son uno de los pasatiempos más lícitos y divertidos que se conocen, llegando algunos á ser hasta instructivos, como de ello podrá convencerse quien tenga á bien consultar las varias obras que en este género se han escrito, y algunas por hombres doctos y graves que no se desdeñaron de mojar alternativamente su pluma en materias serias y en asuntos festivos, imitando en esto la conducta de Esopo cuando se puso á jugar á las nueces con unos muchachos, por divertirse de ocupaciones de mayor momento, fundado en que *el arco siempre armado, ó flojo, ó quebrado*. No pretendo pasar aquí plaza de erudito con citar al poeta é historiador Rodrigo Caro, á propósito de sus *Dias geniales ó lúdicos*, ni al predicador y cronista mercenario fray Alfonso Remon, con motivo de sus *Entretenimientos y juegos honestos*; por otra parte, tampoco ha menester el lector de que vaya yo á probar ahora una verdad que existe en la conciencia de toda persona que posea tal cual instruccion en nuestra literatura, por lo que me ceñiré á referir lisa y llanamente lo que en aquella noche me ocurrió con relacion á lo que canta el título que lleva el presente articulo.

Fué, pues, el caso, que andándose disputando sobre cuál juego se habia de adoptar, yo, que desde que tuve uso de razon fuí siempre aficionado al estudio, aun dentro de la jurisdiccion del recreo, propuse que se jugara á los *refranes*, con esta condicion: Sentar una frase proverbial cuya base constitutiva habia de ser forzosamente una ó más letras del alfabeto, explicando después su significado, si es que por ventura lo necesitaba, ó ya si el sujeto en quien recaía el turno se hallaba en edad apta para hacer semejante comentario.

Vinieron luego en ello todos los circunstantes, tal vez sin darse cuenta algunos del berenjenal en que se habian metido; y como sea cosa corriente y moliente que aquel que en una junta ó congregacion cualquiera se adelanta á proponer un plan, de cien veces suele salir las noventa y nueve cargado en costas, quiero decir, que no encuentran los demás concurrentes persona más á propósito que la iniciadora del pensamiento para que lo lleve á cabo, tuve que apechugar á ello; cosa que, después de todo, no dejé de halagar mi amor propio, siquiera por hacer, ya que no bueno, ménos malo el calificativo antonomástico de *el Refranista* con que empezaban á honrarme mis amigos y conocidos. Bien es verdad, porque todo hay que decirlo, que, á no haber sido por mi abuela materna (porque la paterna ya no existía cuando yo abrí los ojos á la luz), quien ensartaba los refranes á cada triqui-

(1) Sabido es que *Paremiología* significa estudio sobre refranes.

traque cual otro Sancho Panza, de tres en tres ó de cuatro en cuatro, no hubiera salido su nieto (servidor de Vds.) tan aficionado á este linaje de escaramuzas literario-populares, hasta el punto de que la bondad de algunas personas, tanto nacionales cuanto extranjeras, me quiera calificar de *autoridad paremiológica* ó de *eminencia en punto de Paremiología*; á lo primero, me descubrió la cabeza, hago una inclinacion profunda y pronuncio: *¡gracias mill!*; á lo segundo, protesto con todas las veras de mi alma, que no siendo yo cardenal de la Iglesia romana, en manera alguna me compete el tratamiento de *eminencia*. Yo no entiendo de más cardenales que de alguno que otro que, travesando en mis primeros años, me hicieran en el cuerpo los juegos con mis compañeros, ó las veras del inhumano preceptor; ó de los que, en edad más avanzada hayan podido inferirme en el corazón los golpes y desengaños habidos en el trato social. De todas suertes, si hago ahora este relato en favor de mi humilde personalidad, conste que es debido, lo que declaro con harto sentimiento, á que *hace años que murió mi abuela*; y sabido es que

estamos en un tiempo
tan miserable,
que, si yo no me alabo,
no hay quien me alabe.

Sea como quiera, volvamos á mi cuento.

Pues, como iba diciendo, teniendo yo que abrir la marcha, áun cuando sentado en mi silla (quiero decir, en una de las de los dueños de la casa), hice como que me atusaba el bigote, que, como dicho queda, queria empezar á brotar, y con voz sonora y pausada, como la de quien anunciaba que dentro de no muchos meses habia de subirse á la cátedra, dije, en estos términos poco más ó ménos:

—*Redondo como la O del Giotto*. Expresion usada comunmente entre los pintores para designar una figura perfectamente circular. El *Giotto*, discípulo de Cimabué, fué un célebre pintor toscano, que eclipsó á su maestro hasta el punto de relegar el nombre de éste al olvido, siendo reputado como regenerador de la Pintura. Acababa de dar la última mano á los seis grandiosos frescos que le habian encargado con destino al *Campo santo* de Pisa, en los que representó la miseria y paciencia de Job, cuando el papa Bonifacio VIII, que deseaba ocuparlo en Roma, le envió un gentil-hombre para que juzgase si igualaba su mérito á la reputacion de que disfrutaba. Ofendido el *Giotto* de que pudiera ponerse en tela de juicio su habilidad, negóse abiertamente á entregarle al emisario los dibujos que éste le pedia; pero, tomando un pliego de papel, trazó á presencia suya con el lápiz, sin alzar la mano, un círculo perfecto, que rogó al caballero lo presentase á Su Santidad. Admiró al Papa la figura; y llamando luego al artista á la corte pontificia, no tardó en hacerse proverbial su prueba de firmeza y valentía de pulso. Habiendo terminado mi cometido, dirigíme, en fuerza de mi derecho, á un señor respetuoso *leído y escribido*, y tanto, que se sabia de coro el Diccionario de la Academia cuya última edicion era á la sazón la novena, quien desempeñó su compromiso en los términos siguientes:

—*De pe á pa*. Modo adverbial familiar. Enteramente, desde el principio al fin. *Integrè, omninò*. En seguida grité yo:

—¡Prenda! ¡prenda!—Y el concurso, cual si hubiera saltado sobre él una chispa eléctrica, y sin saber probablemente por qué lo decia yo, gritó á voz en cuello: «¡Prenda! ¡prenda!»

—¿Cómo prenda?—exclamó el señoron.

A semejante pregunta siguió un silencio sepulcral. Fijáronse todas las miradas en mí, como promovedor de aquel alboroto; y al ver los ojos centelleantes de aquel pobre señor, comprendí que era yo deudor de una satisfaccion. Entónces dije:

—He gritado *¡prenda!*, señor mio, porque, dispéñeme usted, ni el modo de pronunciar esa frase, ni la significacion que V. le ha adjudicado, están de acuerdo con la realidad.

—¿Cómo que no, cuando he relatado *de verbo ad verbum* todo lo que dice la Academia, la autoridad en forma de lenguaje, acerca del particular? Una sonrisa de compasion brotó entónces de mis labios. Seguramente pensó aquel caballero que iba á intimidarme con evocar el título de *autoridad*, á mí que, aunque pobre chicuelo, siempre creí que toda autoridad necesitaba poseer de suyo títulos respetables para darse á respetar. Picado un tanto en mi amor propio, le contesté:

—Dispéñeme la Academia, y dispéñeme V. tambien, señor; pero la Academia se equivoca en ese punto como se equivoca en otros muchos. Por no ir más léjos, y ya que de pintura hemos hablado, sírvase V. decir cómo define la palabra *colorido*. «La mezcla y union que resulta de varios colores en las pinturas.» ¿Le parece á V. que es eso cierto?

—Yo no entiendo de pintura.

—Pues mire V., yo entiendo algo, porque llevo unos cuantos años de estar aprendiendo el dibujo y la pintura al óleo; y lo que he sacado en claro de las lecciones tanto teóricas cuanto prácticas que me han dado mis maestros es, que «*Colorido* es el resultado de la combinacion discreta y oportuna de los colores dirigida á representar en toda su verdad á la naturaleza»; lo cual, como comprenderá V. en su mayor capacidad, varía de especie: hé ahí la razon por que me atreví á gritar *¡prenda!*

—¡Prenda! ¡prenda!—exclamaron nuevamente á una

los circunstancias; y no tuvo más remedio que soltarla el pobre *academólogo*.

—Todo eso está muy bien —respondió el atacado alargando su petaca;— pero necesito una explicación convincente de mi falta, pues no alcanzo en qué he errado.

—Pues yo se la daré. V. ha dicho *de pe á pa* debiendo decir *de pe, a, pa*. Ha añadido V. que significa esa frase proverbial (no hay tal modo adverbial ni Cristo que lo fundó) *enteramente, desde el principio al fin*, dándole por correspondencia latina á *integrè, omninò*; pues bien, como lo he pronunciado, que es como debe pronunciarse para que tenga sentido esa frase, significa claramente lo mismo que han pretendido dar á entender con ella cuantas personas bien habladas la han usado, es á saber: «Decir alguna cosa con toda claridad y sin rodeos, como si se deletreara diciendo: *p, a, pa*.» En resolución, mi buen hombre soltó su prenda, como llevo dicho; y dirigiéndose á la que lo era de su corazón, aunque ella maldito el caso que le hacía, jóven de unos diez y siete años, ojos rasgados, alta como una palmera (me parece que la estoy viendo), respondió á su invitación con la voz de ángel que la distinguía, aunque acompañada de cierto retintín que á él debió sonarle á voz de demonio:

—Decir á una cosa que *ene*. Da á entender que, como se había de decir *sí*, se dice *no*. El enunciado era bastante terminante para necesitar ser explicado; era, lo que en el tecnicismo matemático se conoce con el apelativo de *axioma*, esto es, una verdad tan evidente y clara de suyo, que no ha menester de demostración.

Por muy corto de vista que fuera el aludido, y no lo era poco, dado que los cristales que usaba en sus gafas semejaban fondos de vaso, por lo gruesos, no pudo menos de decir para su capote:—Me escamo;—y por si es que aún podía abrigar algún recelo tocante al particular, dirigióse la jóven á un ídem que la miraba con no malos ojos, y de la que se sospechaba con hartos fundamentos que era correspondido, el cual, abundando en la dosis de malicia que aquella había manifestado, dijo... Pero antes de decir lo que él dijo, necesito decir yo una cosa que no había dicho antes, por la sencilla razón de que se me había olvidado, y es, que el señorón de quien he hablado recientemente ostentaba una excrecencia, más que regular entre ambos omoplatos; quiero decir, que era razonablemente jorobado. Pues bien, dijo el mocito interpelado:

—*Parecerse á la léquis*. Esta expresión se aplica á la persona que tiene cierto punto de contacto en su forma exterior con el dromedario. La alusión no podía ser más fina ni más exacta; así es que dije yo para mis adentros:—¡Te han jorobado más de lo que estabas!—Y, en efecto, más que jorobado, lo acababan de partir por el eje.

Una risotada general fué prueba evidente de que todo el concurso había comprendido la *indirecta del padre Còbos*; por lo que, en su comprometida actitud, se apresuró el jóven, que no era nada lardo, á conjurar la tempestad, dirigiéndose á un niño que tenía á su lado, criatura de poco más de diez años, el cual dijo:

A, e,
la cartilla se me fué,
no me pegue V., maestro,
que mañana la traeré (1).

Todos aplaudieron la salida de aquel inocente, por lo oportuna cuanto inesperada, y más aún la de su hermanita, graciosa niña de poco más ó menos edad que él, á quien se dirigió, la que tuvo la feliz ocurrencia de decir:

A, e, i, o, u,
borriquito como tú.

Sería largo de referir en todos sus pormenores cuanto ocurrió en aquella sesión recreativa; baste decir que allí salieron á colación las frases:

Por hache ó por erre.—*Llámelo V. hache*.—*Erre que erre*.—*Por ce ó por be*.—*Ser alguna cosa de ene*.—*La ene de palo*.—*Sin faltar una jota*.—*Echarle á uno una ese y un clavo*.—*Andar haciendo eses*.—*Poner los puntos en las tes*.—*Las cuatro eses de los enamorados*, y... ¿qué voy á recordar ahora, al cabo de tantos años, cuántas cosas más (2)?

Lo que sí no olvidaré en mi vida, por la discreción que encierra el concepto, fué el dicho de una señora, ya de cierta edad, que, cuando le llegó su vez, prorumpió en los términos siguientes:

—*Risa en a, en e, en i, en o, ó en u*. La risa en *a* es esa risa producida por un rasgo de ingenio. ¡*Ah, ah, ah!* ¡qué gracioso, qué bonito es eso!

La risa en *e* es la risa alegre, provocada por una originalidad. Significa *¡eh, eh, eh!* ¡cuán oportuno, cuán chistoso ha sido!

La risa en *i* es la sonrisa del enternecimiento originado por alguna circunstancia patética; así es que *¡ih, ih, ih!* significa: ¡eso es encantador, interesantísimo!

La risa en *o* es la risa de la alegría franca, ocasiona-

(1) En honra de la verdad histórica debo revelar aquí un solecismo y un barbarismo que cometió aquel niño al pronunciar semejante refrán escolar, á saber: que dijo *me se fué y traeré*. Sirva esta nota de aviso á los maestros de primera enseñanza que así descuidan la de sus discípulos.

(2) Después de escrito este artículo, me han ocurrido á la memoria algunos pasajes más, á cuyo relato no he dado cabida aquí por parecerme que lo alargaría demasiado. Asimismo debo dejar consignado que mis indicaciones paremiológicas obtuvieron mayor desarrollo en noches sucesivas, de todo lo cual daré en su día cuenta al público *si la varita no se rompe*, ó, como decía mi difunta abuela, *si Dios quiere, y Juan viene*.

da por alguna tontería; por lo tanto, el exclamar: *¡oh, oh, oh!* equivale á decir: ¡qué divertido, qué raro es eso!

Ultimamente la risa en *u*, es la simple sonrisa movida por un equívoco. En su consecuencia, *¡uh! uh! uh!* vale tanto como decir: ¡Se comprende muy bien, no está mal! Aquí dió fin la ilustre y entendida dama, con general complacencia de los contertulios.

Procedióse después á la imposición de las penas, y *¡allí fué Troya!* Unos pedían una cosa; otros, otra. Yo, entre tanto, permanecía *más callado que en misa*, entónces; hoy, no reza conmigo esa frase proverbial comparativa, porque cuando la digo, y más cuando la canto, no tengo otro remedio que valerme del auxilio de la voz. Por último, advirtiéndome mi mutismo, acercóse á mí la dueña de la casa, que me había visto poco ménos que nacer, y me dijo:

—¿Y tú, que dices á esto, Pepe? ¿no se te ocurre algún género de pena que en nada se asemeje á esas tan comunes y triviales que aquí se están debatiendo?

—Ocurrereme uno, señora —le contesté,—pero no es admisible.

—Pues ¿tan difícil de ejecutar es?

—Imposible, que es más que difícil.

—Dímelo al momento.

—Allá voy; pero necesito comunicarlo á solas.

—¿Tal es su gravedad?

—Tal es.

Retirámonos á un rincón de la sala, y entónces le dije:

—La pena que me estaba haciendo cosquillas ahora entre ceja y ceja, recae exclusivamente sobre el sexo femenino; no es invención mía, como la propuesta de los refranes de esta noche, sino que pertenece á la historia antigua, y es del tenor siguiente:

Cuéntase de Frine, célebre cortesana griega, que hallándose en una diversion semejante á la en que aquí nos hallamos, rodeada de muchas damas que llevaban pintado el rostro, tuvo la humorada de darles á éstas un chasco bien pesado por cierto. Entablóse, pues, un juego de prendas, en que todos los concurrentes habían de hacer lo que practicase uno de ellos. Llega el turno á Frine, fija su vista en los rostros pintados de sus compañeras, se sonríe, pide una palangana con agua, se la traen, y se lava la cara. Dicho se está que todas las demás individuos tuvieron que hacer otro tanto, aunque á regañadientes, y que por mucho esmero y habilidad que pusieron en el acto del lavatorio, *pasándose la mano del gato*, no fué tanto que pudieran librarse sus rostros de manifestarse abigarrados, con notable risotada de la concurrencia, ménos el de Frine, que como no se untaba menjergas, quedó más rozagante que antes, si es que podía estarlo más. Conque ahora V. dirá.

—*Digo que digo que no digo Diego*, porque *peor es el remedio que la enfermedad*.—Y como el relato le comprendía á ella de *cabo á rabo*, volvíome en seguida la espalda, *dejándome con un palmo* (ó seáse próximamente 209 milímetros) *de narices*.

JOSÉ MARIA SBARBI

EL VIENTO IMPIO

(CUENTO SUCIO)

Apénas Malek cumplió veinte años de edad, sintió vehementes deseos de casarse con la hermosa Fátima, hija de su vecino el venerable morabito Rustan Hahji que había hecho tres veces la peregrinación á la Meca, y que además poseía un número incalculable de carneros.

Estas circunstancias imponían un tanto al jóven enamorado, que no se atrevía á formular su pretensión.

No obstante, como siempre tenía ante sus ojos los ojos de hurí de Fátima, y constantemente resonaba en su oído el melodioso acento de su voz, se decidió á pedir á su madre que revelase á la doncella el estado de su corazón.

La madre de Malek se hizo la encontradiza con la adorada jóven, y ambas á dos, miéntras mascaban galletas con miel, departieron largamente, conviniendo en que en toda la comarca no había un mancebo tan bueno y tan gallardo como aquel.

Fátima prometió hablar á su padre y desvanecer las prevenciones que éste pudiera abrigar contra el enlace deseado por ambos jóvenes, y se dió tan buena maña, que se salió con la suya.

Acordóse la boda y se fijaron las condiciones. Además de la dote, que según costumbre oriental, Malek debía aportar al matrimonio, se convino en que regalaría á su futuro suegro cuatro pares de chinelas de Fez, dos sillitas bordadas de cuero de Tafiote, doce tarros de manteca, un camello y un utensilio á la usanza de los *rumís* (europeos) llamado calzador ó tira botas.

Malek se apresuró á acceder á estas condiciones, y algunos días después se formalizó el contrato ante el cadí.

II

El día de la boda el novio envió los regalos á su suegro, que colocados sobre primorosas bateas y tapices (excepto el camello) fueron expuestos, y celebrados por los numerosos parientes y amigos de Rustan Hahji.

Sobre todo el tira-botas produjo una sensación sorprendente.

Cumplida esta importante parte del programa nupcial, Malek montó en su caballo Borah, enjaezado de gala, y se dirigió á la casa de la novia para pedírsela á su padre, y en vista de la negativa de este, robarla; porque en toda

boda árabe hay un simulacro de raptó, para suponer que ni el padre ni la hija se separan voluntariamente.

El enamorado jóven entró en la casa de su futuro suegro dejando su caballo á la puerta.

Malek estuvo muy conmovido como todo el que ama verdaderamente, y además, aunque sabía que aquella petición era una farsa, no podía sobreponerse á su natural timidez.

Había almorzado fuerte como es conveniente en día de boda, y el rápido trayecto que hizo á caballo, juntamente con su excitación moral, motivaban, sin duda, cierto malestar en todo su organismo.

Malek se presentó en el estrado en donde Rustan Hahji le esperaba rodeado de las personas más notables de la comarca. Estaban allí el cadí, tres talebs, un imán, un marabú y varios ulemas; todos serios, graves y á cual más respetables.

La emoción labra poderosamente en ciertas naturalezas, produciendo en ellas efectos físicos irremediables; y la sensibilidad nerviosa de Malek estaba frecuentemente expuesta á estas contingencias.

Al hallarse ante aquella reunión de notables sintió que sus piernas se tambaleaban, y se adelantó, casi dando traspiés. Rustan estaba sentado, el jóven se inclinó y cuando iba á formular su petición, dejó escapar de sus labios... un erupción, uno de esos erupción, vulgarmente llamados regüeldos, que participan del grito metálico del elefante y del seco y estridente del alcotán.

Un rayo, cayendo en medio de aquella asamblea, no hubiera producido mayor estupor; todos los rostros palidieron y muchos cabellos se erizaron; hubo quien cerró los ojos en ademán de consternación, en tanto que los de los ulemas, fieles intérpretes de la ortodoxia, brillaban de indignación saliéndose de sus órbitas.

EMILIO MORAIS

(Se continuará)

UNA VENGANZA DE ALHAMAR EL MAGNÁNIMO

(LEYENDA GRANADINA)

Hoy Granada interesa tanto por sus desgracias como por su historia legendaria y sus recuerdos artísticos. Hoy me toca, pues, evocar algún episodio dramático de los que más vivamente hirieron mi imaginación, con el colorido de la leyenda, durante larga permanencia en aquel país.

Una tarde en que las brisas de mayo iban atenuando los rigores del sol de mediodía, salí de Granada, siguiendo la margen del río de las arenas de oro, y me hallé pronto en medio de sus cármenes.

El que no tenga la suerte de conocer estos innumerables paraísos que decoran ambas orillas del Darro; el que no haya subido por la carrera que lleva su nombre, pasando el puente del Aljibillo, para seguir por las cuestas de la fuente del Avellano, hasta que una impresión de placer y asombro le hiciera detenerse en la explanada inmediata á la misma fuente; quien no haya llegado allí aspirando la vida de aquella vegetación que ante la vista se despliega con los rápidos cambiantes de una obra de magia, y que produce una emoción cual la del avaro que inesperadamente viera extenderse ante sus ojos un tesoro de esmeraldas y de rubíes; por mucho que le ponderen aquellas incomparables muestras de la naturaleza granadina, no podrá en su fantasía ponerlas al nivel de la realidad.

Sin embargo, los cármenes del Darro no difieren esencialmente de otras quintas ó casas de recreo: rodeadas de álamos corpulentos, de naranjos, avellanos y limoneros, ceñidas de jardinitos, en un desorden tan raro como encantador, cuyas flores crecen por todas partes, ufanas con su lozanía perenne, gracias á la frescura de numerosas acequias que hasta las altas cumbres llevan sus raudales; para que causen maravilla, hay que armonizar sus verdores con la transparencia del cielo y con la nieve deslumbradora de las enhiestas cumbres de Sierra Nevada; hay que aspirar los efluvios embalsamados de aquella naturaleza, siempre virginal, recordando que fué la cuna de heroicas razas, cuya sangre se confundió con la de nuestros progenitores.

Y luego, al arrullo embriagador de las brisas, necesariamente se escuchan los suspiros de las princesas árabes, viendo las blancas tocas que velan sus formas peregrinas en las nubecillas que flotan sobre el lecho de flores de los valles.

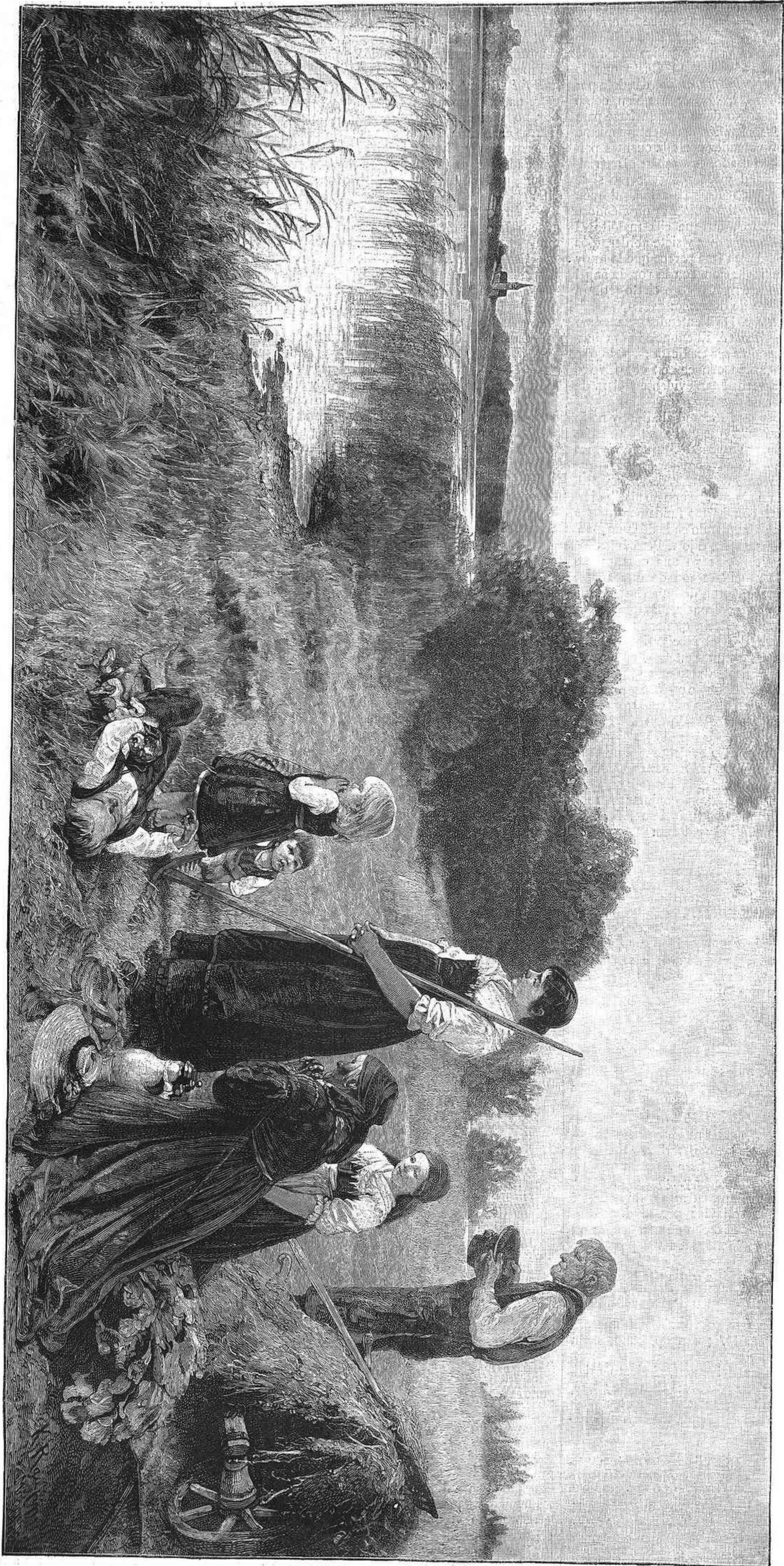
II

Pero la tarde iba decayendo y no podré decir por dónde me encaminé á la ventura, entre aquellos jardines y bosques sin término.

Guiado sólo por la inspiración avasalladora del momento, ví extenderse por los valles, poco á poco, una niebla blanquecina que venía en auxilio de mis sentimientos, cubriéndolos sin perder su transparencia, á la manera que una madre amorosa envuelve en blanco cendal los tiernos miembros de su hijo.

En mi marcha había dejado de hollar plantas y arbustos y tropezaba á cada momento con pedazos de roca ornados de parásitas, y montones de tierra arenosa, formando un conjunto informe, de harto lastimosa apariencia, para haber de compararlo con la exuberante animación que le precediera.

Quise remover unas piedras de argamasa granítica, como



EL ANGELUS, cuadro por K. Raupp



LA MADONA DEL GRAN DUQUE, cuadro por Rafael

la que los árabes usaron en sus construcciones, y aun nos enseñan las Torres Bermejas y los muros de la Alhambra; pero el estridente grito y el aleteo siniestro de un buho pusieron coto á mis intenciones.

Sin duda había llegado á unas ruinas: la presencia de tal huésped lo demostraba, protestando de mi audacia profanadora.

Y no fué inútil la protesta del rey de las ruinas, pues hizo que mis impresiones sufriesen una trasformacion tan rápida como penosa.

Acababa de pasar de la vida á la muerte, de la ilusion al desengaño, de los paraísos del ideal á los cementerios de la realidad.

Pero mudo, solemne, invisible á otros ojos que á los de la mente que se purifica en la clara atmósfera de las cumbres, otro mundo se elevaba, sobre aquellos escombros, infinitamente más grande que la tierra: el mundo del sentimiento.

Le contemplé de hito en hito, sin poder apartar los ojos, merced á una atraccion indecible. ¡Qué armonía en todos sus objetos! ¡Qué lozanía en sus verjeles! ¡Qué hermosura en sus cielos!

En aquel mundo alternaban, en concordia admirable, poetas é historiadores, filósofos y artistas; y todos ellos me recibieron con sonrisa afectuosa en los labios, manifestando que habian adivinado el objeto de mi visita, y que al momento me revelarían el misterio de aquellas ruinas.

Entónces, dos de ellos, á quienes los demás abrieron paso respetuosísimamente, se adelantaron hácia mí.

Ambos vestían á la usanza oriental; el uno representaba el apogeo de la vida, el otro una vejez robusta; asemejándose el primero al enhiesto pino de la montaña y el segundo al vetusto roble del valle.

Sostenía éste entre las manos un libro abierto, cuyo peso debía serle muy llevadero, á juzgar por la seguridad de su pulso, y en poder del jóven brillaba una guzla primorosa de ébano, con cuerdas de oro.

Un poeta y un intérprete de la Historia; el trovador y el cronista que acudian á satisfacer mi ansiosa curiosidad, y á dar vida y animacion á aquellas ruinas, tan tristes como misteriosas.

III

Tomó el anciano la palabra el primero. El tiempo y la experiencia daban á su autoridad esa primacía. Extendiendo su diestra sobre el libro, y señalando con el índice á los caracteres rojos y negros de una de las páginas, dió principio á la relacion siguiente, en los propios términos que transcribo:

«Dios es omnipotente. Era el más humilde de sus siervos el poderoso de la tierra, el monarca de los monarcas Alhamár I el *Nazarita*, rey de Granada, el bien amado de sus vasallos.

»Sus guerreros eran numerosos como las arenas del desierto y valientes como sus leones: sus tesoros inmensos como los que encierran los abismos del mar. La magnificencia de su corte sobrepujaba á las maravillas que se cuentan de las más famosas de la antigüedad. Su alcázar de la Alhambra era obra de los genios inspirados por las huríes del paraíso. Los espíritus de la sabiduría constantemente presidían sus academias, y nunca la justicia se alejaba de los escaños de sus jueces.

»Alhamár era feliz. Era feliz porque creía en la felicidad, y creía en la felicidad porque su pueblo le veneraba, porque le amaba su sultana favorita, porque sus enemigos le temían y porque su amigo de la infancia correspondía cordialmente á su cariño.

»El monarca de los monarcas creía en la felicidad porque, no habiendo visto el rostro de la desgracia, no esperaba que un día pudiera encontrarla en el fondo de su corazón.

»Alhamár poseía la flor más bella, desprendida del paraíso, y aspiraba su aroma con embriaguez. Ella, Zobeja, la escondida perla de primores peregrinos, no era la mísera esclava elevada á las alturas de la soberanía, sino la compañera cuyo dulce seno contenía una joya que él



CONCIERTO EN FAMILIA

precia más que todas las maravillas de Granada y todos los poderes de la tierra: su amor, que era el emblema de su gloria.»

En este punto el anciano se detuvo, conteniendo con gesto severo al jóven, cuyos ojos centelleaban, animados del númen poético, y cuyas manos recorrían, con febril impaciencia, las cuerdas de oro de la guzla. Aunque mostrando gran respeto al compañero que acababa de hablar, en su actitud echábase de ver alguna contrariedad, cual si quisiera advertirle que se excedía en sus facultades de historiador, permitiéndose excursiones al campo de la fantasía, á los dominios de su incumbencia.

El del libro hubo de replicar con una mirada afectuosa, que era la súplica de una tregua y la promesa de una restitucion. El fiel intérprete de la Historia pedía dispensa por los rasgos de adorno de que circundara á la verdad, cual un padre solicita la aprobacion de su gusto, por las galas con que ha vestido á su hijo.

Otorgada la dispensa con no ménos afecto que pedida, prosiguió así el representante de la Historia:

IV

«¡Cuán léjos se hallaría Alhamár de imaginarse que uno de los más firmes apoyos de su confianza hubiera de convertirse en ariete para derribarla!

»El griego Delio, bello como Aquiles, era el amigo de su infancia. Había sido esclavo de su padre, que le compró á un mercader de su nacion, y, niños los dos, se habian hecho hermanos, más bien que amigos, á pesar de la distancia que media desde el mísero banco del esclavo hasta las gradas del trono; distancia que salvó el griego, libre ya y conducido por la mano de Alhamár.

»Y no era indigno de tanta merced, que la planta de la gratitud habia echado raíces hondas en su pecho, y en él competían los nobles impulsos de la virtud y los impulsos fieros del valor. Bien lo evidenciara, en ocasiones repetidas, sirviendo á su señor de escudo en los combates, y librándole de muerte segura, al precio de su sangre.

»Pero ¡ay! que la mano de la fatalidad pesa, sobre el destino de los hombres, infinitamente más que la voluntad del genio del bien, y un día guió á Delio á los jardí-

dece á otras leyes que á las de mi amor... ¡Ingrata de mí!... ¡Tambien yo creía amarle, y no puedo... desde que le ví á él!... ¡Corazon rebelde... corazon traidor!... dime dónde está... ¡No me engañes!... ¡Él no puede llegar hasta aquí!... ¡no conoce á la que le adora!... ¡él no sabe que la felicidad de la sultana favorita sería el llamarse su esclava, sin más premio que una mirada de sus ojos, sin más halago que su sonrisa!...

»¡Qué noblemente bizarro!... Su hermosura no se parece á la de los demás hombres. ¡Es un héroe!... ¡Qué tormento no haberme atrevido á preguntar por él!... ¡Nunca!... ¡Si su amigo sospechara!... ¡Alhamár!... eres grande y generoso, pero te aborrezco, porque me separas de él, porque mi corazon pertenece á Delio.»

»Apénas pronunciado este nombre, una voz mágica la despertó... ¡No era ilusion!... ¡Ya no soñaba!... ¡Allí estaba él!... Ósculos de amor abrazaban sus manos... la felicidad radiaba en los ojos del héroe, que, fascinado, la contemplaba, y que no podía ahogar su emocion, mientras decía, arrodillado á sus plantas:

»—¡Oh! la más peregrina de las huríes... mi corazon ya te adoraba cuando sólo te habia visto en mis delirios, como una esperanza, como una gloria... que tu imagen me refleja... que tu mirada me promete... inextinguible, inmortal!...

»Zobeja le escuchaba con un asombro en que habia algo de incredulidad infantil, con enajenamiento parecido al de la niña que, de pronto, hallara al alcance de sus manos, un objeto tan lejano como precioso y codiciado por ella. Y el arrebató amoroso del jóven griego siguió haciéndola olvidarse de Alhamár, y hasta de sí misma.»

V

«Las ilusiones viven y brillan lo que los relámpagos. Fria y terrible llegó la realidad á anonadar las que alimentaban los amantes, á cortar las alas de la esperanza y á apagar los delirios de la pasion.

»Extremos de dolor sucedieron en ambos á los transportes de la alegría. El espejo de su conciencia les reproducía la imagen del ofendido monarca, invulnerable como el deber, y vengadora como el remordimiento.

nes reservados de la sultana favorita, frente á frente de Zobeja.»

El anciano exhaló un suspiro, cerró su libro, cruzóse de brazos, é inclinó la barba sobre el pecho, miró al jóven con expresion de inexplicable elocuencia.

Irguió el trovador su frente, fijó en el cielo sus ojos penetrantes y de las cuerdas de su lira brotó un raudal de armonía, que no puede reflejar la prosa que sigue:

«Rodeada de una corte de flores, presididas por la rosa de Alejandría y el tulipan de Estambul, yacia la favorita lánguidamente reclinada, hermosa como la aurora que la contemplaba llena de asombro por encontrar así en la tierra quien igualaba á sus encantos celestes.

»Sus ojos eran negros como noche de dolor, y ardientes como el sol del desierto. De su frente copiara el candor su pureza, y de sus labios habia tomado el pudor la viveza y frescura de sus tintas.

»Sentíanse humilladas las azucenas ante la gallardía de su talle, y los lirios blancos estremecíanse de placer al confundirse con sus manos acariciadoras.

»Zobeja soñaba cuando Delio llegó. Yacia en el dulce sopor que sucede á un insomnio febril, y que mantiene el ánimo entre la ilusion y la realidad, entre una esperanza que huye y otra que vuelve á aparecer. Sus labios se entreabrian, mostrando apénas las perlas que guardaban, como el capullo de una rosa descubre las que el alba ha depositado en su cáliz; y de ellos brotaban palabras y suspiros que se filtraron en el corazon del griego, haciéndole palpar de pasion.

»—¡Él no sabrá—decía—que le he visto sólo una vez, y que, desde entónces, le tengo siempre en mi seno!... Pero Alhamár... ¡ay! le mataría, y su venganza... sería la justicia!... ¡Alhamár es mi señor, mi dueño... y no obedece á otras leyes que á las de mi amor... ¡Ingrata de mí!... ¡Tambien yo creía amarle, y no puedo... desde que le ví á él!... ¡Corazon rebelde... corazon traidor!... dime dónde está... ¡No me engañes!... ¡Él no puede llegar hasta aquí!... ¡no conoce á la que le adora!... ¡él no sabe que la felicidad de la sultana favorita sería el llamarse su esclava, sin más premio que una mirada de sus ojos, sin más halago que su sonrisa!...

»¡Qué noblemente bizarro!... Su hermosura no se parece á la de los demás hombres. ¡Es un héroe!... ¡Qué tormento no haberme atrevido á preguntar por él!... ¡Nunca!... ¡Si su amigo sospechara!... ¡Alhamár!... eres grande y generoso, pero te aborrezco, porque me separas de él, porque mi corazon pertenece á Delio.»

»Apénas pronunciado este nombre, una voz mágica la despertó... ¡No era ilusion!... ¡Ya no soñaba!... ¡Allí estaba él!... Ósculos de amor abrazaban sus manos... la felicidad radiaba en los ojos del héroe, que, fascinado, la contemplaba, y que no podía ahogar su emocion, mientras decía, arrodillado á sus plantas:

»—¡Oh! la más peregrina de las huríes... mi corazon ya te adoraba cuando sólo te habia visto en mis delirios, como una esperanza, como una gloria... que tu imagen me refleja... que tu mirada me promete... inextinguible, inmortal!...

»Zobeja le escuchaba con un asombro en que habia algo de incredulidad infantil, con enajenamiento parecido al de la niña que, de pronto, hallara al alcance de sus manos, un objeto tan lejano como precioso y codiciado por ella. Y el arrebató amoroso del jóven griego siguió haciéndola olvidarse de Alhamár, y hasta de sí misma.»

»Zobeja le escuchaba con un asombro en que habia algo de incredulidad infantil, con enajenamiento parecido al de la niña que, de pronto, hallara al alcance de sus manos, un objeto tan lejano como precioso y codiciado por ella. Y el arrebató amoroso del jóven griego siguió haciéndola olvidarse de Alhamár, y hasta de sí misma.»

«Las ilusiones viven y brillan lo que los relámpagos. Fria y terrible llegó la realidad á anonadar las que alimentaban los amantes, á cortar las alas de la esperanza y á apagar los delirios de la pasion.

»Extremos de dolor sucedieron en ambos á los transportes de la alegría. El espejo de su conciencia les reproducía la imagen del ofendido monarca, invulnerable como el deber, y vengadora como el remordimiento.

»Impelido por la desesperacion, el amigo ingrato y traidor intentó arrancarse la vida, pero los brazos y las lágrimas de Zobeya lo impidieron, porque estaba escrito que al magnánimo rey de Granada le tocaba el castigo de aquel crimen.»

Extinguiéronse, al decir esto, los acentos de la guzla, y volvió á continuar el representante de la Historia.

«Alhámár tuvo conocimiento de la traicion cometida por los dos seres que le eran más queridos. A la vez se la revelaron el remordimiento impreso en sus rostros, y el febril insomnio de ella, cuando fatigado de la caza ó del consejo, buscaba dulce reposo entre sus brazos. Porque el amigo, el hermano huía su presencia, humillada la altiva cabeza, temerosa la mirada de héroe; y Zobeya, su amor y su gloria, esquivaba el ardor de sus caricias, sombría la frente, marchitas las mejillas y el siniestro fulgor de la culpa en los rayos límpidos de sus ojos.

»Pero en Alhámár la grandeza de ánimo del hombre sobrepujaba á la grandeza inmensa del monarca. Era tan generoso que al sobrenombre de *Nazarita* la Historia le añade el de *Magnánimo*.

»Perdonó á sus ofensores con objeto de que, mientras viviesen, pudieran acordarse de que no les habia impuesto otro castigo que su propia culpa. Los perdonó acallando los ímpetus de venganza, propios de todo hombre en caso semejante.

»Hizo más Alhámár; todavía mucho más. Llamó á los artífices que, bajo su direccion, habian levantado la Alhambra, y les mandó que en uno de los lugares más deliciosos de la extensísima Vega, pero tambien el más apartado, construyeran un palacio lleno de maravillas para que le habitasen aquellos dos ingratos, á solas completamente con su culpa y con su remordimiento.»

»Y es fama que, despidiéndose de ellos, el dia que les envió á aquella singular mansion de destierro, les dijo estas palabras:

«—Os condeno á recordar mi perdon, mientras dure vuestra existencia, en ese palacio que contiene todos los encantos del mundo. Tened entendido que no he de volver á veros jamás. Y si algo vuestro llegare algun dia á mis oidos ¡por Alá! que no sea un eco de la ingratitud.

«—¡Nunca! ¡Nunca!—exclamaron á la vez los culpables cayendo de hinojos é intentando en vano besar las plantas del más magnánimo de los hombres.

»Pero Alhámár, sin volver á despegar sus labios, lanzándoles una última mirada de piedad, desapareció majestuosamente por las régias galerías de su alcázar.»

Y no es preciso añadir más para que el lector deduzca que el informe monton de piedras ruinosas, á donde habia llegado en mi excursion por las riberas del Darro, representaba el último recuerdo del palacio que fué habitado por los ingratos.

Pero la tradicion no nos dice cuánto tiempo vivieron allí, ni cuánto duró, por consiguiente, la nobilísima venganza del fundador de la Alhambra. Y es que debieron morir en el olvido y el aislamiento.

LUCIANO GARCIA DEL REAL

UNA CÓMICA DE ANTAÑO

Por grande se ha tenido siempre el prestigio que el poder real gozaba en aquellos siglos en que el mote de nuestro escudo estaba condensado en estas palabras: *Dios, patria y rey*. Sagrada nos dicen aún que era para aquellos de nuestros abuelos que presenciaron el desmembramiento de la vasta monarquía española, no sólo la dignidad de que el monarca por derecho divino estaba revestido, sino hasta su deleznable personalidad, sujeta, como la del comun de sus congéneres, á todas las miserias y flaquezas que á la humana carne son inherentes.

Aquella tentativa atribuida al gran duque de Osuna, cuando con más ó ménos motivo se creyó aspiraba á hacer de su vireinato de Nápoles una corona que ceñir á su frente, aquel plan abortado del marqués de Liche, en que la vida del monarca estuvo en inminente riesgo, detalles son que, por más que como hechos aislados se consideren, algo prueban en favor de los que no dan entera fe á que todos los vasallos de los absolutos soberanos de la casa de Austria mirasen como sagrada é inviolable, como se ha dicho, la persona de sus reyes.



UNA BAYADERA, escultura por Rodolfo Schweinibz

Sin embargo, no es nuestro ánimo hoy desenterrar del polvo de ignorados archivos páginas de nuestra historia, en que se viera por un momento oscilar la solidez del trono, merced á planes maquiavélicos ni á tenebrosas maquinaciones. Más regocijado es nuestro propósito. Recordando á nuestros lectores una de las más ruidosas aventuras del rey poeta, vamos al paso á hacer ver que tambien el ridículo pesaba algunas veces sobre aquellos monarcas, que ya que tanto hacian gemir á su pueblo, justo era que alguna vez arrancaran alguna carcajada de sus labios, siquiera ésta no dejara muy bien parado el lustre de la heredada realeza.

María, segun unos, ó Inés Isabel Calderon segun otros, era una comedianta que el público aplaudia con el nombre de la *Calderona*, en aquel nada suntuoso corral de la Cruz, que por los años de 1579 habia fundado en la villa de Madrid la cofradía de la Soledad.

Su hermosura, si hemos de dar crédito á los cronistas galantes de la corte de Felipe IV, no tenia nada de portentoso, pero á sus diez y seis años unia una gallardía y una desenvoltura sin ejemplo, una voz matizada por los timbres más seductores, y sobre todo, ese prestigio que los laureles cosechados en la escena han dado siempre á quien por lo ménos con los encantos de la juventud cuenta.

El degenerado retoño de la raza de Carlos V, que ocupaba á la sazón el trono de España, entregaba de buen grado las riendas del Estado en manos del famoso Conde-duque de Olivares, quien tenia buen cuidado de evitar á su señor las penalidades que la ruina en que su reino iba cayendo hubieran proporcionado, si sus ojos deslumbrados por el fausto de las fiestas hubieran podido ver la oscuridad del presente y las negruras del porvenir.

Los últimos amores de Felipe IV con una dama de su esposa llamada doña Tomasa Aldana iban haciéndose demasiado viejos, para que un alma tan frívola como la del rey poeta encontrara en ellos el entretenimiento y solaz que para matar el tedio le eran necesarios.

El sagaz don Gaspar de Guzman, comprendiendo que su fastidio podia hacerle tornar los ojos hácia los negocios del gobierno, de suyo no muy desembarazados, pensó en buscar al mal remedio.

Un azar hizo que la Calderona, llamada al real alcázar para recitar unas relaciones ante la corte, fijara las miradas del inflamable Felipe. Esto bastó para que el Conde-duque pensara en unirse á su señor al carro de la comedianta.

Los atractivos personales del rey no eran grandes, pero tampoco era repulsivo. Todos conocemos aquel cuerpo endeble y fatigado, aquel rostro en que la palidez sólo estaba animada por el rosado color de los pómulos, aquellos ojos más dulces y tristes que enérgicos y apasionados, aquella boca de labio inferior saliente, aquel levantado bigote y aquel lacio cabello castaño y descolorido que caía desde su frente alta, pero deprimida, hasta besar los encajes de la valona que servia de base al prolongado óvalo en que se asentaban sus facciones, de líneas tan mal seguras como su carácter.

La Calderona no hubiera quizá intentado resistir á las seducciones de quien á más de los fueros de galan y caballero, contaba con los de su rango, si su alma no hubiera estado presa ya en otras redes.

De los más gentiles barbilindos que pisaron jamás las alamedas del sotillo y la arenosa extension del Prado viejo, era indudablemente el duque de Medina de las Torres. Su apostura bizarra, su rostro, si no varonil, hermoso, el esmero de su atavío y la nobleza y distincion de sus modales, hacian de él la envidia de los hombres y la admiracion de las damas de la corte entera.

La Calderona le habia entregado su albedrío y él pagaba el amor de la comedianta.

Sin embargo, cuando la niña, temerosa de sus celos, le confesó las amorosas pretensiones del Rey, el duque, tal vez más ambicioso que enamorado, y convencido de que su regio rival acabaria por quitarle un tesoro que no le podia disputar, convino en romper, en apariencia, los lazos que á ella le unian.

Desde aquel dia la comedianta quedó por única dueña del corazon del que ya habia perdido más tierra que sus abuelos todos habian conquistado.

Doña Tomasa Aldana se vió obligada á tomar el velo de religiosa en las Descalzas Reales, dejando al Rey por único recuerdo un hijo bastardo, que llevó por nombre Alonso Antonio de San Martin, por haber sido prohijado por Juan de San Martin, ayuda de cámara del monarca.

De los escandalosos amores de Felipe IV con la Calderona han quedado sobradas memorias. La casa que á esta hizo alhajar el Rey en la Plaza Mayor, ha llegado hasta no lejanos dias señalada por la tradicion. De los balcones de aquella casa, conocida, no sabemos por qué, con el nombre de casa de Marizápalos, mandó la reina á la comedianta que se retirase durante unas fiestas reales.

Pero el mayor baldon de aquellas amorosas inteligencias, es que para nadie más que para el Rey era un secreto que mientras que la Calderona recibia al afortunado amante, aquel duque de Medina de las Torres, por quien siempre habia latido el corazon de la comedianta, oculto en su misma casa, ponía á su regio rival en más desairado lugar que jamás amante alguno se ha visto.

El dia 28 de febrero de 1629 tuvo lugar en aquella casa una escena que hubiera sido altamente risible si una figura tan elevada no hubiera tenido en ella un papel, si no muy lucido, bastante principal.

Felipe IV y el duque de Medina de las Torres se encontraron frente á frente. El monarca humillado, el vasallo insolente y procaz, estuvieron tan á punto de venir á las manos, que ya las hojas de la daga del Rey y de la espada del Duque salieron de las vainas.

La que habia producido aquel conflicto evitó la tragedia del desenlace. El duque de Medina de las Torres salió de aquel aposento para su destierro; pero la tradicion cuenta que al salir, una carcajada de desprecio cayó sobre la majestad de Felipe el Grande.

Aquella carcajada repercutió por todas partes.

Poco más de un mes despues, el 7 de abril de 1629, la comedianta daba á luz un niño que habia de llamarse más tarde Juan José de Austria, y habia de engalanarse con el título de infante de España.

El amor hace prodigios; Felipe IV no tenia un carácter demasiado entero, y á pesar de lo que sus ojos habian visto, se dejó convencer.

Algun tiempo despues aun continuaban las relaciones

VARIOS TIPOS DE SOLDADOS DEL EJÉRCITO RUSO



Trompeta Tsherkess



Tambor Mayor de los Guardias



Coronel (Hetman) de Cosacos



Soldado de la frontera persa



Granadero de la Guardia imperial



Guardia de caballería



Tsherkess de la provincia de Kuban



Tsherkess de Gkosta

amoras del Rey poeta y de la comedianta del Corral de la Cruz. Pero lo malo del caso es que no faltaba tampoco inteligencia entre ésta y el almirante duque de Medina de las Torres.

Por fin el Monarca, convencido de la mala estrella que alumbraba aquellos amores, ó tal vez hastiado ya de la mujer que tantos disgustos le habia dado, la obligó á encerrarse en un convento. De manos del mismo Juan Bautista Panfilo, que luégo fué pontífice con el nombre de Inocencio X, tomó el velo en un monasterio de la Orden de San Benito, situado en el valle de Otande, en la Alcarria.

El único de los muchos hijos bastardos que dejó Felipe IV reconocido por su padre públicamente, fué Juan José de Austria. ¿Sería tal vez que fuera éste el que más confianza le inspiraba respecto á su paternidad?

Tal vez. Sin embargo, no á todos les sucedía lo mismo; pues cuando se verificó el público reconocimiento en 1642, por todas partes resonó una maldiciente y mal reprimida carcajada, y no faltaron voces que pronunciando ántes el nombre del duque de Medina de las Torres, decían: «Es el vivo retrato de su padre.»

Felipe IV, en tanto, estaba satisfecho. El Conde-duque habia querido reconocer otro bastardo que, con el nombre de Julio ó Julianillo Valcárcel, habia andado por las campañas de Italia y Flandes, y no habia encontrado mejor medio que hacer que su amo le diera el ejemplo. Estando el privado contento, no podia ménos de estarlo también el Rey.

La regocijada algazara de las fiestas del Buen Retiro impedía dejar oír las burlas del pueblo, á quien tampoco habian dejado oír el derrumbamiento de su monarquía.

Estas pequenezes y aun cosas todavía más grandes, no eran obstáculo para que se tributase al Monarca el dictado de Grande.

¿Quién puede suponer que en aquel poderoso Rey de la Casa de Austria, mirado por su pueblo como el más humillado de los hombres, dejara de tenerse al poder real todo el respeto y la veneración que han hecho un prototipo del tan loado siglo XVII?

JUAN OTERO Y GONZALEZ

DISTRIBUIDOR AUTOMÁTICO

DE TARJETAS POSTALES Y DE SOBRES TIMBRADOS.

Resultaría mucha comodidad para el público si todos tuviesen á su disposición fuera de casa, día y noche, en cualquiera lugar y hora, tarjetas postales y sobres timbrados que contuvieran un pliego de papel de cartas; y en la práctica, convendría que estos depósitos fueran tan numerosos como los buzones.

No se puede pensar en obtener la multiplicidad apetecible por medio de establecimientos siempre abiertos, pues los gastos de local, de empleados, de alumbrado, etc., serían mucho mayores que el beneficio que se pudiera esperar. Los señores Sanderman y Everitt han resuelto

felizmente este problema por medio de una distribución automática. Su aparato no exige, para funcionar, la presencia de ningún empleado; una ó más visitas diarias bastan para alimentar el distribuidor; lo demás es asunto del público.

Nuestro grabado dará idea de la disposición de lo que se ha llamado en Inglaterra: *Tarjeta postal y sobre timbrado para servicio del público.*

Un cajón de palastro de 0^m,45 de ancho, 0^m,35 de altura y 0^m,32 de profundidad, poco más ó ménos, tiene una cubierta inclinada en forma de pupitre, sobre la cual se puede escribir, y detrás hay un cuadro que indica al comprador la manera de operar. Este cajón está dividido en dos compartimientos: el de la izquierda contiene un

viéndose que lleva consigo una tarjeta postal, la última de la parte inferior del paquete. Cuando se empuja el cajoncito, encájasé de nuevo y queda preparado para presentar otra tarjeta, mediante una segunda moneda, continuándose así sucesivamente hasta quedar concluido el paquete.

Entonces, al retirarse la última tarjeta, un resorte obstruye la abertura, y no permite al público perder inútilmente sus cuartos, advirtiéndole al mismo tiempo, por un rótulo, que dice *vacio*, la causa de la obstrucción.

En el compartimiento de la derecha está el paquete de sobres timbrados: la manipulación para obtener uno es exactamente la misma que ántes: en vez de una abertura hay dos, que deben recibir cada cual su pieza de dos cuartos.

Cuando en uno ú otro compartimiento se ha echado el dinero correspondiente, el mecanismo obstruye las aberturas hasta que se retira el sobre ó la tarjeta pagados.

Hemos visto funcionar este ingenioso aparato, honrado é impecable, en todas las estaciones de las líneas férreas de Londres: está dispuesto de tal manera, que pueden vigilarle los empleados de aquellas, como por ejemplo los del despacho de billetes, los del registro de equipajes, etc. Efectivamente, aunque las aberturas no permiten sino la introducción de monedas de dimensiones fijas, no funcionando el mecanismo sino bajo la acción de un peso dado, se han dado casos en que algunos individuos poco escrupulosos, y no faltos de ingenio, introdujeron en el cajón chapas de plomo que tenían exactamente el peso de una pieza de dos cuartos; pero este caso es muy raro. Por lo demás, la pérdida no sería grande, pues cada compartimiento contiene sólo 25 tarjetas ó sobres. En caso necesario, fácil sería poner una campanilla eléctrica automática, cuyo sonido, llamando la atención de los transeuntes, turbaría las conciencias culpables.

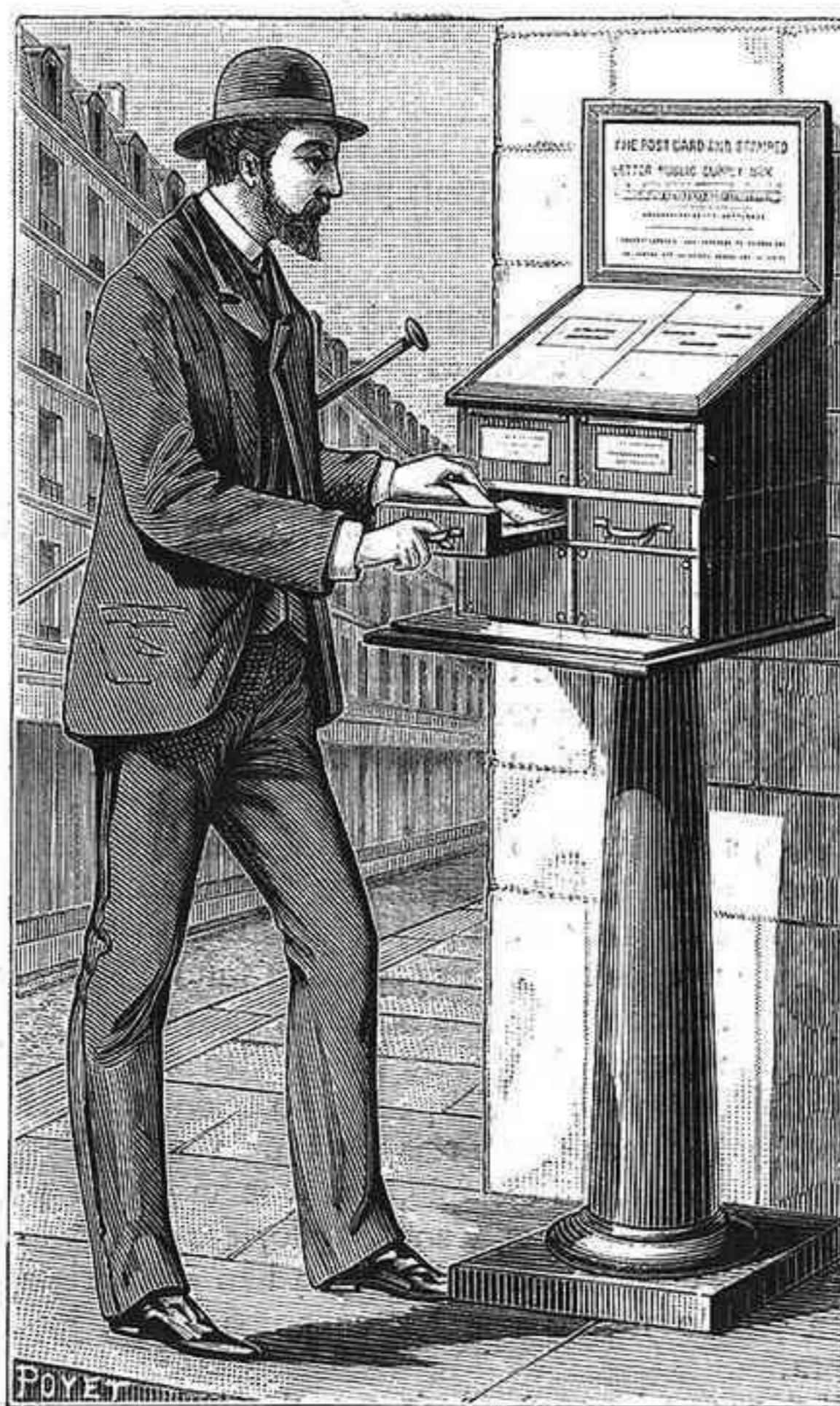
Este cajón cuesta unas 150 pesetas. En las estaciones del camino de hierro y en los cafés de Londres se han colocado más de ciento, que si excitan en alto grado la curiosidad del público, han tenido mayor aceptación por lo útiles. En Inglaterra, los domingos está todo cerrado, y estos cajones ofrecen el único medio de obtener una tarjeta postal y un sobre timbrado. No nos extrañaría que de aquí á poco se utilizara este ingenioso *vendedor* para despachar pequeños objetos de precio fijo y dimensiones regulares, como cajas de fósforos (1), cigarrillos, billetes para el ómnibus, etc., etc.

Nuestro grabado representa un transeunte que, después de haber depositado en el cajón su *penique*, retira su tarjeta postal. El aspecto de estos cajones, pintados de rojo, no es muy seductor; pero así en esto como en todas las cosas, morales ó materiales, se admira una vez más ese sentido práctico que hace que Inglaterra sea uno de los países más agradables de habitar, desde el momento que se ha adquirido la costumbre de no juzgar por el primer aspecto.

(1) En el momento de entrar el número en prensa, uno de nuestros colaboradores que llega de Londres nos dice que el distribuidor automático de cajas de fósforos funciona ya muy útilmente en la capital de la Gran Bretaña.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



Distribuidor automático de tarjetas postales y sobres timbrados en Londres

paquete de tarjetas postales, debajo del cual hay un cajoncito cuya cavidad se puede llenar exactamente con una sola tarjeta, tarjeta que es de un cartón más grueso que el de las ordinarias. Por un mecanismo particular, este cajoncito queda cerrado y resiste si se trata de abrirlo; pero si á través de la abertura practicada en su tapa se introduce una pieza de dos cuartos, se podrá abrir,